

LA ADORACIÓN DE LA EUCARISTÍA, LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI

Fernando Cruz-Conde y Suárez de Tangil

Académico Numerario

Discurso de Apertura del curso 2021-2022, pronunciado en la sesión del día 7 de octubre de 2021

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Iglesia.
Sacramento.
Adoración.
Eucaristía.
Corpus Christi.

Se realiza un recorrido del culto eucarístico desde los primeros tiempos de la Iglesia -basándose en los textos patrísticos- hasta la instauración de la fiesta del Corpus Christi. Se detiene en la figura de Santa Juliana de Lieja, quien a inicios del siglo XIII dio forma a lo que actualmente se conoce como fiesta del Corpus Christi, si bien esta no se estableció hasta después de su muerte por el papa Urbano IV. La rápida expansión de esta fiesta por toda la cristiandad, dio también origen a otras prácticas de adoración que han llegado hasta la actualidad.

ABSTRACT

KEYWORDS

Church.
Sacrament.
Worship.
Eucharist.
Corpus Christi.

It traces the Eucharistic cult from the earliest times of the Church -based on the patristic texts- until the establishment of the feast of Corpus Christi. It focuses on the figure of Saint Juliana of Liège, who at the beginning of the 13th century gave shape to what is currently known as the Corpus Christi feast, although it was not established until after her death by Pope Urban IV. The rapid expansion of this feast throughout Christendom it also gave origin to other practices of adoration which have reached the present days.

Excmo. Sr. Presidente,
Ilustre cuerpo académico,
Dignísimas autoridades:

El pasado año 2018 se cumplieron quinientos años de la terminación de la custodia procesional del gran orfebre Enrique de Arfe, y de su primera salida en la solemne procesión del Corpus Christi, que es una de las más populares y bellas manifestaciones de adoración a la Eucaristía.



Custodia procesional del Corpus Christi.
Enrique de Arfe (1514-1518)

Una adoración que es consecuencia de la presencia real y sustancial del Señor Jesús en la Eucaristía, presencia que se prolonga más allá de la celebración de la misa y de su recepción en la comunión. Una verdad de fe revelada en la Sagrada Escritura, que se manifiesta a lo largo de los siglos de diversos modos.

La adoración como acto tributado a Dios en reconocimiento de su divinidad, que se exterioriza mediante postraciones u ofrecimiento de dones, aparece en los Evangelios como tributada a Jesús. Así en la adoración de los Reyes Magos (Mt 2,2: «Hemos visto su estrella en el oriente y venimos a adorarlo»; Mt 2,11: «Vieron al niño con su madre María y le adoraron postrados en tierra. Abrieron sus tesoros y le ofrecieron como regalo oro, incienso y mirra»), tras caminar sobre el mar (Mt 14,33: «Y los que estaban en la barca se postraron ante El, diciendo: ¡Verdaderamente, eres Hijo de Dios!»), tras la curación del ciego de nacimiento (Jn 9,38: «Y le dijo: creo Señor. Y lo adoró»), y sobre todo en las apariciones del resucitado (Mt 28,9: «Ellas acercándose, abrazaron sus pies y lo adoraron»; Mt 28,17: «Y al verlo lo adoraron»; Lc 24, 52: «Y ellos después de adorarlo, se volvieron a Jerusalén con gran alegría»). También la carta a los Hebreos utiliza el salmo 96,7 refiriéndolo a Jesús, al señalar que el Padre cuando introduce de nuevo a su Hijo primogénito en el mundo dice: «Que le adoren todos los ángeles de Dios».

Estos textos, algunos utilizados por Trento para calificar como culto de latría el culto de la Eucaristía¹, fundamentan el culto de adoración tributado a Jesús como Señor, pero no prueban que en los primeros siglos este culto pasara más allá del ámbito de la piedad privada y tuviera manifestación pública, pues las celebraciones litúrgicas iban dirigidas fundamentalmente al Padre por mediación de Cristo en el Espíritu.

En el Nuevo Testamento los términos *latreuein*, *latreia*, así como *leitourgein* o *leitourgia*, nunca se refieren a Jesús como objeto de adoración litúrgica. Cánones de los Concilios de Hipona (Año 393) así como del Concilio Tercero de Cartago (Año 397) señalan que la oración se dirija siempre al Padre. Sólo en el Siglo V, en círculos monofisitas y extremadamente antiarrianos empiezan a aparecer las primeras oraciones dirigidas a Cristo.

Razones prácticas imposibilitaban, por otra parte, el desarrollo de un culto público a la Eucaristía. Los tres primeros siglos de persecución impidieron que la Iglesia tuviera lugares fijos de reunión, en donde quedarán guardadas las especies eucarísticas. La piedad eucarística estaba centrada en

¹ Enrique Denzinger: *El Magisterio de la Iglesia*, Barcelona 1963.

la celebración del banquete eucarístico en domicilios particulares o lugares solitarios como las catacumbas.

Sin embargo, nunca se consideró que la presencia del Señor en la Eucaristía quedara limitada al momento de consumir las especies los que habían participado en su celebración. Siempre se creyó en la presencia real del Señor en la Eucaristía más allá de la terminación de la misa.

Así es muy bien conocida la cita de los capítulos 65 y 67 de la Apología dedicada a mediados del siglo II al emperador Antonino Pío por San Justino. En ellos refiere como la comunión es llevada por los diáconos a los ausentes². En África durante el siglo III, Tertuliano, al presentar los inconvenientes del matrimonio entre cristianos e infieles, señala la sospecha que se creará en el esposo al ver a su cónyuge consumir antes de cualquier otro alimento la Eucaristía³. Y en Roma, Novaciano condena la conducta de quienes al salir de la celebración, llevando consigo la Eucaristía, se dirigían al teatro⁴. Ambos relatos atestiguan la práctica de la comunión en el domicilio particular durante la semana, antes de que se comenzara a celebrar a diario la Eucaristía, para lo que se disponía de una reserva doméstica.

A esta reserva parece referirse San Hipólito cuando recomienda que no se ponga el pan consagrado al alcance de los profanadores, ratones u otros animales⁵.

Esta costumbre se mantuvo en los siglos IV y V. El diácono Paulino en su relato de la muerte del propio San Ambrosio nos cuenta como el Obispo Honorato, que habitaba en la misma casa, acudió con el Santísimo Sacramento⁶.

También San Basilio da razón de cómo los monjes de Egipto que no disponían de ningún presbítero, se llevaban la Eucaristía consigo, como por otra parte hacían también los laicos a causa de las persecuciones. Y San Jerónimo da fe de la costumbre en Roma de la reserva doméstica para autodarse la comunión⁷.

Pero en toda esta era patristica, aunque existía reserva, esta no era conservada de forma destacada en las iglesias, que de ser lugar de celebración de las reuniones litúrgicas se fueron también convirtiendo en casa de ora-

² Jesús Solano, S.I.: *Textos Eucarísticos Primitivos*, B.A.C., 1952, p. 62.

³ *Ibid.* p. 94; A. Martimort: *La Iglesia en Oración*, Barcelona, Edit. Herder, 1965, p. 543.

⁴ A. Martimort: *op. cit.*, p. 543.

⁵ *Ibid.*

⁶ *Ibid.*, p. 544.

⁷ Jesús Solano, S.I.: *Textos Eucarísticos Primitivos I*, S. Basilio, p. 406, B.A.C., 1952; *Id. Textos Eucarísticos Primitivos II*, pp. 68 y 70, B.A.C., 1952.

ción. Cuando los cristianos se dirigían a la iglesia, o cuando los monjes entraban en el oratorio de la comunidad con ánimo de orar y estar con Dios, no existía sagrario que atrajera sus miradas, sino que el centro de atención lo constituía la mesa del sacrificio que para ellos representaba simbólicamente la presencia del Señor Jesús, que es simultáneamente sacerdote, víctima y altar. Así consta que Optato de Milesi reprochaba a los donatistas la destrucción de altares, preguntándoles en qué les había ofendido Cristo cuyo cuerpo y sangre descansaban allí en determinados momentos. Y San Gregorio de Nazianzo nos cuenta como su hermana imploraba la curación de una grave enfermedad prosternándose «con fe ante el altar, para invocar a aquel que allí es honrado»⁸. Por su parte la regla monástica de San Fructuoso de Braga ordena una visita al oratorio después de la comida para ofrecer «a Cristo, ante el altar, acciones de gracia»⁹.

Por otra parte, durante esta época, son numerosos los testimonios de una adoración a Cristo, o al menos de una actitud interna de adoración y suma reverencia, pero dentro de la celebración de la Eucaristía. San Juan Crisóstomo decía que era preciso acercarse a la «tremenda y divina mesa» con temor y temblor, como los ángeles que cubren sus rostros y exclaman: «Santo, Santo, Santo»¹⁰.

También señalaba que las cosas santas han de ser tratadas santamente, pues «las potestades celestiales llenan el santuario rodean el altar sagrado y contemplan extasiadas la sublimidad y grandeza del Señor»¹¹. En estos textos puede verse la influencia de la carta a los hebreos (Hb 1,6) ya citada, al proponer a los fieles cristianos como modelo de adoración al Señor la que le tributan los coros angélicos. Teodoro de Mopsuestia se expresaba de la siguiente manera: «Y tú, cuando le has recibido en tus manos, adoras el cuerpo, lo que es reconocer el señorío de aquel que ha sido puesto en tus manos acordándote de aquellas palabras» de Cristo resucitado: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra»¹². En el mismo sentido se manifestaron Jacobo de Sarug, en el área siria y San Gregorio Magno en el siglo VIII¹³.

⁸ A. Martimort: *op. cit.*, p. 550.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Jesús Solano, *op. cit.*, p. 473.

¹¹ *Id.*: *op. cit.*, I, p. 447.

¹² Jesús Solano, S.I.: *Textos...*, II, *op. cit.*, p. 98; Jesús Solano, S.I., *Textos ... I*, *op. cit.* p. 335, San Cirilo de Jerusalén: «Cuando te acerques, pues, no te acerques con las palmas de las manos extendidas ni con los dedos separados, sino haciendo a la mano izquierda trono para la derecha como si fuera ésta a recibir a un rey; y con la cavidad de la mano recibe el cuerpo de Cristo, respondiendo el amén».

¹³ Jesús Solano, S.I., *Textos ...*, II, *op. cit.*, p. 569, Jacobo de Sarug: «En los gloriosos misterios sirve la Iglesia a un Señor de modo espiritual, en sus oficios divinos quedan sobrecogidas los ángeles de santa admiración»; *Ibid.* p. 687, San Gregorio Magno:

En Occidente, San Ambrosio habla de «la carne de Cristo que adoramos hoy en los misterios y que adoraron los apóstoles en el Señor Jesús»¹⁴, refiriéndose con los «misterios» a la celebración de la Eucaristía.

Estos textos, nuevos gestos de adoración dentro de la misa, como las genuflexiones, y la inclusión de oraciones dirigidas a Cristo, fueron fruto de la reacción antiarriana posterior al Concilio de Nicea. Aquí se encuentran las raíces teológicas últimas de las prácticas de adoración fuera de la misa, que son prolongación paralitúrgica de la celebración Eucarística. Jesucristo no es visto tanto como el mediador y cabeza, que con nosotros camina hacia el Padre, sino que deja de ser el camino para convertirse en meta de nuestra adoración y nuestro culto.

En la Edad Media son los movimientos cátaros, albigense y valdense, con su negación de la Eucaristía y su interpretación de la pobreza evangélica, los que por reacción influyen en el desarrollo de la devoción a la presencia real eucarística, que, junto a la adoración dentro de la misa, tiene otra raíz en la devoción individual de ir a orar ante el sagrario. Esta práctica es una innovación. En la Alta Edad Media existía la costumbre de visitar por devoción las iglesias y los altares, así como las reliquias y sepulcros de los santos. Pero los testimonios de estas prácticas no mencionan visitas especiales al Santísimo Sacramento. De hecho, la reserva eucarística conservada de una misa a otra para los enfermos se guardaba en una cajita (capsa) en la sacristía. En algunos lugares a partir del siglo IX se prefiere colocar la cajita sobre el altar y como consecuencia se empieza a cuidar su presentación inspirándose en otras piezas del ajuar litúrgico de la época. Así se usaron las «torres» en que el antiguo rito galicano hacía llevar la oblata al principio de la liturgia eucarística, o las «palomas» que se empleaban en ciertos baptisterios para el santo crisma, según consta de este testimonio procedente de Cluny:

Cada domingo, el cuerpo de Cristo es renovado, y el que ha sido recién confeccionado se coloca por el diácono en una píxide dorada. Esta píxide la saca el diácono de una paloma colgada sobre el altar, y, cuando la misa ha terminado, la vuelve a colocar en el mismo sitio.

«Porque ¿Quién de los creyentes puede dudar de que en la misma hora del sacrificio se abren los cielos a la voz del sacerdote, de que los coros de los ángeles están presentes en aquel misterio de Jesucristo, de que se asocia lo de abajo a lo de arriba, de que las cosas de la tierra se unen con las del cielo y de que se hace una sola cosa de las visibles y de las invisibles?»

¹⁴ *Ibid.*, p. 361.



Píxide. Iglesia de San Román, Grandíval (Burgos)

También el obispo Eudes de Sully nos informa de esta práctica al reglamentar que «el santísimo cuerpo de Cristo debe guardarse, con sumo cuidado y honestidad, en la parte más noble del altar, bajo llave, si es posible».

Las antiguas prácticas de orar individualmente e inclinarse ante el altar porque se ha ofrecido sobre él el cuerpo de Cristo, se refuerzan al colocar sobre el mismo altar la reserva eucarística, que con la presencia del cuerpo de Cristo redobra la memoria del sacrificio. Los monjes de Cluny, y es bien conocida su influencia en toda la cristiandad, comenzaron a inclinarse ante la santa reserva antes de finalizar el siglo XI, y poco después a encender lámparas cerca del lugar donde se conservaba.

En 1215, el IV Concilio de Letrán, que por primera vez en el magisterio utilizó la palabra transustanciación en su definición contra los albigeneses, ordenó guardar la Eucaristía bajo llave¹⁵. Como consecuencia durante el siglo XIII los sínodos empiezan a legislar sobre el modo digno de guardar el Santísimo Sacramento. Por ejemplo, un sínodo celebrado en Lérida

¹⁵ Enrique Denzinger: *op. cit.*

entre 1238 y 1247 dispone: *Summa reverentia et honor maximus altaribus exhibeatur et maxime ubi sacratissime Corpus Christis reservatur et missa celebratur*¹⁶. En esta disposición la unión en la reverencia entre altar, celebración y reserva, resulta modélica. Pero la evolución se decantó en favor de la reserva.

De la misma época que este sínodo leridano es una regla de religiosas inglesas que prescribía a las monjas que tras levantarse y asearse, se asperjaran con agua bendita y pensarán en el cuerpo y la sangre del Señor que están sobre el altar mayor, para acudir a arrodillarse ante la Eucaristía y saludar a Dios con una oración. También en Inglaterra, Roberto de Grosseteste, que fue obispo de Lincoln de 1234 a 1253, escribe a los benedictinos de Peterborough recordándoles que en su monasterio vive constantemente el Rey de los Cielos *in sacramento eucharistiae per veram carnis substantiam*, y exhorta a los monjes a pensar frecuentemente en esta presencia. En 1250 un obispo franciscano, Odon de Ruan, recomienda que en la catedral de Seez (Francia) se guarde el sacramento *circa altare maius*, a fin de que su presencia ayude a la devoción de los que oran en el coro¹⁷.

Fue, ciertamente, una feliz ocurrencia colocar la reserva sobre el altar, que ya anteriormente era objeto de veneración y a donde se dirigían los fieles para orar individualmente. Pero igualmente feliz fue la coincidencia en el tiempo de la preocupación por la reserva eucarística, como fruto de la reacción antialbigense, con el surgimiento de una espiritualidad evangélica que se centra profundamente en la persona de Cristo y sus misterios, que lleva a su seguimiento en radical pobreza, que hace brotar en el corazón un deseo de diálogo con el Señor, un anhelo de intimidad más profunda y una búsqueda de la humanidad del Salvador en su proximidad con nosotros.

Todo esto se resume en la persona de San Francisco de Asís que conjugó la más radical pobreza evangélica con la devoción a la Eucaristía como viva refutación de la herejía albigense. De él era esta recomendación *ad universos custodes*:

*si in aliquo loco sanctissimum corpus domini fuerit pauperrime collocatum, iuxta mandatum ecclesiae in loco pretioso ab eis ponatur et consignetur, et cum magna veneratione portetur, et cum discretione aliis ministretur*¹⁸.

¹⁶ Alexandre Olivar: «El desarrollo del culto eucarístico fuera de la misa», *Revista Phase* n.º 135, 1983.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *San Francisco de Asís: Escritos, Biografía, Documentos de la Época*, B.A.C., Madrid, 1993. Traducción: «Y si en algún lugar el santísimo cuerpo del Señor está colocado



Paloma Eucarística

Por último, queda señalar a este respecto que la devoción individual de ir a orar ante el sagrario tiene un precedente histórico en el monumento del Jueves Santo a partir del siglo XI, que en cierto sentido resulta modélico pues es una práctica que brota de la celebración litúrgica y conduce a la comunión en la misa de «presantificados» del Viernes Santo.

Desgraciadamente también en el siglo XIII la comunión de los fieles en la misa se hace cada vez menos frecuente, pese a la reacción favorable por parte de los teólogos y místicos en pro de la misma. Parece que en este fenómeno influyen la nueva obligación de la confesión previa, y la exigencia de la continencia para los casados, así como el temor tal vez fundado en las palabras de San Pablo en los corintios: «El que come y bebe indignamente, come y bebe su propio juicio al no discernir el cuerpo del Señor»¹⁹. Cabe citar entre las razones de esta escasez de comuniones la opinión de algunos autores de la época que consideraban que la comunión del sacerdote valía para toda la asamblea, con lo que esta quedaba dispensada de acercarse al sacramento.

Tal vez con carácter compensatorio se desarrolló en los fieles el ardiente deseo de ver, inmediatamente después de la consagración la hostia, (que en latín significa «víctima» y que es un término que empieza a utilizarse en este tiempo sustituyendo al de «oblatio-ofrenda» propio de siglos anteriores). Los fieles concedían mucha importancia al gesto del sacerdote de

muy pobrememente, sea puesto y custodiado en sitio precioso, y sea llevado con gran veneración y administrado a otros con discernimiento».

¹⁹ 1 Co 11,29.

tomar el pan en sus manos para el relato de la institución, pues permitía atisbarlo y ciertos celebrantes tendían a que efectivamente lo vieran. Así el obispo de París poco después de 1200 tuvo que disponer lo siguiente:

Se prescribe a los sacerdotes que al empezar las palabras del canon de la misa *qui pridie* y tomar la hostia, no la levanten en seguida demasiado alto de modo que el pueblo la vea, sino que la deben mantener más o menos a la altura del pecho, hasta que hayan dicho *hoc est corpus meum*; entonces que la levanten para que pueda ser vista por todos.

La elevación del Cuerpo del Señor se extendió rápidamente por todo occidente y la del cáliz no viene atestiguada hasta el último cuarto del siglo XIII, llegando a ser universalmente prescrita por el Misal Romano Tridentino de 1570²⁰.

Este rito en la misa se añadía al que ya existía como pequeña elevación al final de la plegaria antes del Padre Nuestro, pero mientras este último no tenía por finalidad propiamente presentar la Eucaristía a la adoración de los fieles, la elevación que se desarrolla a partir del siglo XIII después de la consagración sí tiene esta finalidad de adoración, respondiendo al deseo de los fieles de ver a Dios. Muchos consideraron que esta elevación era el momento culminante de la misa junto con la consagración por lo que cada vez fue rodeándose de mayor solemnidad.

Ferviente propagador y practicante de esta devoción de origen francés fue también San Francisco de Asís.

Dentro del ambiente de piedad eucarística característico del siglo XIII se desarrolló junto con las prácticas antes mencionadas la fiesta del Corpus Christi.

Influencia decisiva en las prácticas de adoración como las conocemos hoy en día, tuvo la beata Juliana de Lieja (1192-1258), priora del convento de la orden agustina en Mont Cornillon cerca de Lieja, y por ello conocida también como Juliana de Cornillon. En palabras de Benedicto XVI

«es una figura femenina, poco conocida, pero a la que la Iglesia debe un gran reconocimiento, no solo por su santidad de vida, sino también porque, con su gran fervor contribuyó a la institución de una de las solemnidades litúrgicas más importantes del año: la del Corpus Christi»²¹. Al quedar huérfana con cinco años, Juliana, junto con su hermana Inés, estuvo al cuidado de las monjas agustinas del Convento-Leprosaría de Mont Corni-

²⁰ *Revista Phase* n.º 135, 1983.

²¹ Benedicto XVI, Audiencia General 17-XI-2010.

llon, donde tuteló su crecimiento espiritual una monja llamada Sapiencia, hasta que ella misma tomó el hábito de monja agustina. Leía en latín especialmente a San Agustín y a San Bernardo, junto con otros Santos Padres, e inclinada a la contemplación tenía un sentido profundo de la presencia de Cristo sobre todo en el Sacramento de la Eucaristía, y meditaba con frecuencia estas palabras del Señor: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt. 28,20).

En sus adoraciones de la Eucaristía, se repetía desde los dieciséis años la visión de una luna en su pleno esplendor, con una franja oscura que la atravesaba diametralmente. El Señor le reveló su significado: la luna simbolizaba la vida de la Iglesia sobre la tierra; la franja oscura significaba la ausencia de una fiesta litúrgica «en la que los creyentes pudieran adorar la Eucaristía para aumentar su fe, avanzar en la práctica de las virtudes y reparar las ofensas al Santísimo Sacramento»²². Solo al cabo de veinte años comunicó esta revelación a la beata Eva y a Isabel, monja en Mont Cornillon, ambas fervorosas adoradoras de la Eucaristía. Juntas consiguieron la ayuda de un canónigo de la iglesia de San Martín de Lieja, llamado Juan de Lausana, quien consultó con teólogos y eclesiásticos obteniendo respuestas positivas sobre esta nueva fiesta litúrgica. Tras haber sido aprobada la visión por una comisión encargada al efecto, el obispo de Lieja Roberto de Thourotte celebró en 1246, por primera vez, lo que había de llamarse la fiesta del Corpus Christi.

Para introducir esta fiesta en su diócesis Roberto de Thourotte alegó tres razones: La refutación de la herejía de Berengario de Tours, la reparación por la negligencia con la que se recibía la comunión, y la citada conmemoración de la institución del sacramento. Esto último era lo que según la mentalidad litúrgica tradicional proporcionaba el verdadero motivo de la fiesta, al constituir el misterio requerido como objeto²³.

Pronto, el cardenal Hugo de Saint-Cher, legado papal para Alemania, aceptando las razones del obispo de Lieja, extendió la fiesta a todo el territorio de su legación, haciendo de Alemania el nido donde se desarrolló la parte principal de la piedad eucarística inspirada en la ideología propia del substrato del Corpus²⁴. Los excesos cometidos al socaire de la devoción eucarística hicieron que en Alemania fuera paradójicamente donde surgió con la reforma de Lutero la negación de la adoración.

²² *Ibid.*

²³ *Revista Phase* n.º 135, 1983.

²⁴ *Ibid.*

Pero la extensión a toda la iglesia universal en 1264, tan sólo dieciocho años después de su introducción en la diócesis de Lieja, dependió de diversas circunstancias que podríamos calificar de providenciales. La primera fue la elección de Santiago Pantaleón como Papa en 1261. Este hijo de un modesto zapatero nacido en Troyes (Francia), alrededor del año 1200, fue nombrado arcediano de Lieja en 1240, y permaneció en el cargo hasta 1247 en que fue nombrado legado papal en Silesia, Polonia y Prusia. Siendo pues arcediano conoció las visiones de la beata Juliana de Mont Cornillon y celebró la primera fiesta del Corpus²⁵.

El segundo grupo de circunstancias se refieren al modo de su elección. Cuando en 1261 muere Alejandro IV en Viterbo, el sacro colegio cardenalicio no sólo era reducido, pues sólo constaba de ocho cardenales, sino que estaba dividido por la política internacional en lucha con los últimos Hohenstaufen, que obligaba a la Santa Sede a involucrarse cada vez más en los asuntos temporales de Italia para salvaguardar su independencia. Por esta razón, al cabo de tres meses y unos días de cónclave, al no poder elegir a alguno de sus miembros, decidieron escoger a Santiago Pantaleón, a la sazón Patriarca de Jerusalén, que estaba de paso en Viterbo y que ni era cardenal ni conocía Italia y que tomó el nombre de Urbano IV²⁶.

El tercer grupo de circunstancias especiales se refieren a la propia institución de la fiesta. En 1263, corrió la fama del milagro de Bolsena, pequeña ciudad al norte de Roma y cerca de Orvieto, donde se veneran las reliquias de Santa Cristina mártir del siglo III. Un sacerdote, al que se llama Pedro de Praga, durante su peregrinación a la tumba de San Pedro, cuando celebraba la misa en el altar de Santa Cristina, al consagrar el pan y el vino fue asaltado por serias dudas sobre la presencia real del Cuerpo y la Sangre de Cristo en el Sacramento de la Eucaristía. «Milagrosamente algunas gotas de sangre comenzaron a brotar de la Hostia consagrada, confirmando de ese modo lo que nuestra fe profesamos»²⁷. El sacerdote envolvió la Sagrada Forma, con el purificador y corporal y al volver a la sacristía algunas gotas cayeron en el suelo de mármol y en los escalones del altar. Enterado el Papa Urbano IV mandó se le trajeran los paños sagrados y la Hostia Santa a Orvieto donde residía, para guardarlos en la catedral. Estas reliquias fueron llevadas procesionalmente hasta Orvieto, llegando el 19 de junio de 1264. Esta circunstancia, la petición de varios obispos, y sus vivencias de Lieja, le llevaron a extender la fiesta a la iglesia universal por medio de la bula *Transiturus de hoc mundo*, de fecha 11 de agosto de 1264. De nuevo

²⁵ Cf., Francisco Martín Fernández, Urbano IV, Gran Enciclopedia Rialp, Tomo XXIII.

²⁶ Cf., Ricardo García Villoslada, *Historia de la Iglesia Católica*, B.A.C., Tomo II, p. 321; Javierre Fliche-Martín, *Historia de la Iglesia*, vol. X, p. 446.

²⁷ Benedicto XVI, Audiencia General 17-XI-2010.

en palabras de Benedicto XVI, en esta bula «el Papa Urbano alude con discreción también a las experiencias místicas de Juliana, avalando su autenticidad y escribe:

Aunque cada día se celebra solemnemente la Eucaristía, consideramos justo que, al menos una vez al año, se haga memoria de ella con mayor honor y solemnidad. De hecho, las otras cosas de las que hacemos memoria las aferramos con el espíritu y con la mente, pero no obtenemos por esto su presencia real. En cambio, en esta conmemoración sacramental de Cristo, aunque bajo otra forma Jesucristo está presente con nosotros en la propia sustancia. De hecho, cuando estaba a punto de subir al cielo dijo: «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20)»²⁸.

Curiosamente es de las últimas cosas que efectuó, y lo único que todavía perdura de su corto pontificado de tres años, un mes y tres días centrado en la cuestión del reino de Nápoles, en donde instauró la nueva dinastía angevina. Antes de cumplirse los dos meses de la citada bula, el 2 de octubre de 1264, moría en Perusa este Papa. Todo parece incitar el pensamiento de que fue elegido para instituir esta fiesta.

Resulta así mismo significativo que Urbano IV no nombre ni la misa ni la procesión como centros del culto en esta fiesta, sino que para él el centro había de ser un culto popular en himnos y alegría. No puede negarse que este objetivo fue alcanzado y la fiesta fue el comienzo de un inmenso movimiento popular de piedad. No fue ajeno al éxito de la fiesta el hecho de que los textos y los himnos del oficio litúrgico los compusiera Santo Tomás de Aquino, que se encontraba en Orvieto acompañando al Papa. Estos textos «son obras maestras en las que se funden teología y poesía»²⁹, y son ampliamente conocidos y usados en la Iglesia.

LA PROCESIÓN DEL CORPUS CHRISTI

Aunque Urbano IV no hablara de la procesión sus mismas frases parecen describirla. Pero los primeros testimonios son de 1279, es decir, quince años después de la institución, en la diócesis de Colonia, y hay que esperar al siglo XIV para encontrar testimonio en Cataluña (1314), Inglaterra (1325) y Roma (1350) donde se celebra la procesión 87 años después de la institución de la fiesta³⁰.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Antolín González Fuente, *Corpus Christi Fiesta*, Gran Enciclopedia Rialp, 1991.

A pesar de la tardanza en aparecer, esta práctica de la procesión tiene profundas raíces. Remotamente tiene antecedentes en el culto a las reliquias de la Alta Edad Media que desarrolló procesiones con motivo del traslado de las reliquias o para solemnizar su fiesta³¹. Esta conexión resulta altamente sugerente: del culto de una sacramentalidad imperfecta, como la de las reliquias, se culmina en el culto de la sacramentalidad perfecta de la Eucaristía; del culto a los restos de lo que una vez fue templo del Espíritu, a la adoración del Templo por excelencia, el que fue reconstruido en tres días: el Cuerpo de Cristo.

Como precedentes más inmediatos pueden señalarse el solemne acompañamiento de fieles con que se llevaba el viático de la iglesia a la casa del enfermo, invitando al recogimiento mediante el repique de una campanilla, a todos aquellos fieles que no hubieran podido asistir y que se encontraran al paso del cortejo³². También la costumbre de llevar la Eucaristía en la procesión del Domingo de Ramos que se practicaba ya en el siglo XI en el norte de Europa³³. Y, sobre todo, las procesiones durante la celebración del Jueves Santo para llevar al monumento el Santísimo Sacramento que se reservaba para su uso en el oficio de «presantificados» del día siguiente, constituyen un inmediato precedente de la procesión del Corpus, pues ya a fines del siglo XI, este acto litúrgico se rodeaba de expresiones festivas que le daban un brillo especial. Como señala Martimort «podemos ver ahí las primeras procesiones con el Santísimo Sacramento, en cierto modo modélicas por el vínculo orgánico que establecen entre la misa que se acaba de ofrecer y la comunión que justifica su existencia»³⁴.

Anterior era también la costumbre de bendecir los campos sacando procesionalmente el Santísimo Sacramento y efectuando paradas en los cuatro puntos cardinales para impartir la bendición y prevenirse así contra las tempestades³⁵. Esta práctica se llevaba especialmente a cabo en Alemania y algunos obispos la prohibieron como superstición³⁶. Esta procesión pronto se unió a la del Corpus que pasó a tener cuatro paradas en diversos altares en los que además de bendecirse se recitaba el comienzo de los cuatro evangelios³⁷.

³¹ A. Martimort: *op. cit.*

³² *Ibid.*

³³ Antolín González Fuente, Corpus Christi Fiesta, Gran Enciclopedia Rialp, 1991.

³⁴ A. Martimort: *op. cit.*

³⁵ Antolín González Fuente: *op. cit.*

³⁶ *Revista Phase* n.º 135, p. 195, 1983.

³⁷ Antolín González Fuente: *op. cit.*

LA EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO

Pronto algunas iglesias iniciaron la costumbre de no reservar el Santísimo inmediatamente después de la procesión del Corpus, sino dejarlo expuesto. Ya en el mismo siglo XIV otras iglesias empezaron a exponer el Santísimo sacramento en el altar del que había de arrancar la procesión antes de la misa del día del Corpus. Y en una evolución, que cada vez ampliaba más el tiempo de exposición, se llegó a tener expuesto el Sacramento durante todo el oficio de Corpus hasta después de completas, para acabar en algunas comunidades corales observando esta costumbre durante toda la octava de la solemnidad, dando la bendición a diario antes de la reserva. Estas prácticas dieron origen a lo que conocemos como exposición solemne o pública³⁸.

La vinculación de la exposición pública con la fiesta del Corpus se reflejaba en las disposiciones del Concilio de Colonia (1452) que sólo permitía su práctica en la fiesta del Corpus Christi y durante su octava o en cualquier otra circunstancia con aprobación del Ordinario por razones justas y graves³⁹.

También la exposición, al igual que la fiesta del Corpus y tal vez más claramente, debe en gran medida su existencia al ya citado deseo de ver la hostia que fue tan fuerte durante la Edad Media. De 1394 data el primer testimonio que refiere como Santa Dorotea cada mañana iba a la iglesia para ver la Eucaristía expuesta en un ostensorio.

Es bien sabido que los numerosos abusos en la celebración de estas prácticas están en la raíz de las objeciones de Lutero y otros reformadores a la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía. Estas objeciones o negaciones no dejaron de beneficiar la práctica de la exposición del Santísimo Sacramento al multiplicarse las profesiones de fe en la presencia permanente del Señor en la Eucaristía.

En el siglo XVI surgen unas exposiciones prolongadas durante cuarenta horas ininterrumpidas, regidas por la instrucción de Clemente XI que llevan el nombre de las Cuarenta Horas⁴⁰. Y en el siglo XVII se multiplican las exposiciones hasta el punto de ser llamado el siglo de la exposición frecuente. Es en esta época cuando nacen la adoración perpetua y la adoración reparadora en Francia y Bélgica: Cada día del año se asignaba a una comunidad parroquial o religiosa la práctica de la adoración a la Eucaristía durante las 24 horas, realizándolo en nombre de las demás comunidades.

³⁸ Cf. *Phase*, p. 197.

³⁹ Ismael Fernández de la Cuesta, *Gran Enciclopedia Rialp*, 25 vols., Madrid, 1971-1977.

⁴⁰ A. Martimort: *op. cit.*

Junto a estas prácticas se extendió la costumbre de exponer frecuentemente el Santísimo por las tardes y especialmente los jueves⁴¹.

Así no es de extrañar que en 1642, ante las quejas de un obispo sobre la excesiva frecuencia de las exposiciones, la Congregación de Ritos llegara a exigir que hubiera siempre una causa pública y aprobación del Ordinario. Este documento de la Sagrada Congregación distinguía entre la exposición privada, es decir, la que se hace con el copón cubierto, y la exposición pública, o sea cuando se hace visible la hostia en la custodia; distinción esta que llegó hasta nuestros días al recogerse en el anterior Código de Derecho Canónico⁴².

LA IGLESIA DE LA CONTRAREFORMA

La Iglesia de la contrarreforma es la Iglesia del Triunfo de la Eucaristía. El Concilio de Trento fijándose en la fiesta y procesión del Corpus decía que:

Justísima cosa es, en efecto, que haya estatuidos algunos días sagrados en que los cristianos todos, por singular y extraordinaria muestra, atestigüen su gratitud y recuerdo por tan inefable y verdaderamente divino beneficio, por el que se hace nuevamente presente la victoria y triunfo de su muerte. Y así ciertamente convino que la verdad victoriosa celebrara su triunfo sobre la mentira y la herejía, a fin de que sus enemigos puestos a la vista de tanto esplendor y entre tanta alegría de la Iglesia Universal, o se consuman debilitados y quebrantados, o cubiertos de vergüenza y confundidos se arrepientan un día.

El pueblo captó inmediatamente la importancia que la adoración de la Eucaristía tenía para la salvaguardia de la fe católica, pues, como ya hemos mencionado, muchas de las posiciones de los reformadores estaban condicionadas por su rechazo de las prácticas de adoración que en ciertos casos habían llegado a ser abusivas y a tener un cierto carácter mágico en la comprensión de los fieles. Por eso el clima de exaltación Eucarística arraigó profundamente en la sensibilidad popular, lo que se expresó, siendo al mismo tiempo un estímulo, en todos los campos del arte. Sirvan como muestra los autos sacramentales, las representaciones pictóricas del triunfo de la Eucaristía, las capillas del Santísimo como las de Lucena y Priego. También influyó la piedad eucarística en la construcción de los templos que tanto durante el Barroco como en el Neoclásico presentan

⁴¹ Ismael Fernández de la Cuesta; *op. cit.*

⁴² *Ibid.*

rasgos comunes que los hacen aptos para las reuniones de adoración como las ya citadas exposiciones públicas, 40 horas y adoración perpetua. «Se parecen a grandes salas de fiesta, con sus tribunas en forma de galerías y de palcos y con su decoración, que orientan todas las miradas hacia el imponente retablo»⁴³. En el que ocupa un lugar central tanto el sagrario como el manifestador. El altar, que quiere representar un sepulcro, ya no es el centro arquitectónico, ni tampoco el de las celebraciones.



Arca Eucarística. Catedral de Córdoba.
Damián de Castro (1716-1793)

⁴³ A. Martimor: *op. cit.*

Desde Trento la participación del pueblo en la misa es mínima, y su comprensión muy mermada. No es pues extraño que la sensibilidad religiosa se volcara en las devociones eucarísticas que no se veían tanto como una cuestión de especialistas. Grandes propagadores de las adoraciones prolongadas y de las bendiciones con el Santísimo fueron los jesuitas y las asociaciones de laicos que se encontraban en pleno auge.

También influye un cierto mimetismo con las grandes ceremonias de las Cortes de los distintos reinos europeos reservadas a la nobleza. En la adoración de la Eucaristía el último de los villanos tiene un lugar ante el trono del Rey del Cielo, para unos regocijos que superan los que constituyen la gloria de los soberanos de la tierra⁴⁴.

★ ★ ★

⁴⁴ *Ibid.*, p. 483.